

## Solsticio con luna llena



Es difícil aceptar que estamos en Navidad. Solsticio de invierno. No hay calor. No hay frío. En el aire y en las casas. Hay ron y reguetón. Y cierta excitación confusa.

No sé qué es preferible. ¿Y quién lo sabe?

Pero se supone que la Navidad son días de júbilo, de familia reunida y amigos conciliados, y no sólo de un poco de ron y alguna comida fatigosamente preparada.

No hay que ser cristiano para sentir que la Navidad es un Nacimiento —lo era el solsticio de invierno mucho antes de aquella noche en un establo de Belén—, y para sentir, sobre todo, que es un renacimiento.

Desde ayer la luna llena la mañana, la tarde y la noche, y por momentos aparece enorme, como una fría amenaza que debiera ser invisible, al menos a pleno mediodía.

Y sin embargo el solsticio de diciembre significa que el sol ya se ha alejado todo lo más que puede de nosotros y que ya emprende el regreso, no como el Hijo Pródigo, sino como el Padre Renacido que aterrizará con todo su esplendor



*materno* en la primavera, perdón: en el verano.

Hay cierta fijeza diabólica en esa enorme luna llena en lo alto del día. Mirádonos. Viéndonos empeñados en nuestras patéticas simulaciones de gozo y comunión.

*Otra vez.*

*Y otra vez.*



Y no hay en estos días alguna canción especialmente pegajosa que marque el compás de los segundos, como ocurrió en años anteriores con *Pobre diablo*, la conga santiaguera de Ricardo Leyva o con dos o tres de Hayla Monpié.

No sé qué es preferible. ¿Y quién lo sabe?

Si el país fuera un animal, sería un animal agachado, esperando, para el que una Navidad, *otra Navidad* no significa mucho. Es sólo otra fecha. Y de fechas está empedrado el camino de nuestro infierno.

Un animal agachado, esperando en silencio, con sueños que están más allá de cualquier descripción, pero que

seguramente no son sueños de la razón porque sueños de la razón son las ardientes piedras sobre las que ha caminado.

Esperando en silencio que se ponga esa luna terrible, que se apague, que venga una lluvia sorpresiva y la cubra y los relámpagos envuelvan en un solo manojo la tarde y la noche, y que entonces llegue el sol y traiga una luz real.

Los borrachos van cayendo a uno y otro lado de la noche, fuera del alcance del renacimiento y la reconciliación. Los ahítos se han dormido con una mano sobre el vientre y la otra sobre los ojos, para no ver la luna que lo ha mirado todo.

Hermana luna, no lo has visto todo. Has visto los restos del naufragio, pero no has visto lo que hay en la retina del náufrago.

No has visto, hermana luna, los sueños locos que se dibujan contra los párpados cerrados del que no se atreve a soñar con los ojos abiertos.

Vuélvete hacia el espacio, hermana luna, contempla otro espectáculo más vivo. Libera de tu enorme ojo desnudo la muchedumbre de solitarios que atraviesan la calle Veintitrés. Deja que por unas horas cada uno pueda olvidarse de sí mismo y creer lo que quiera creer.

Mañana será otro día. O el mismo.

¿Acaso sabes tú qué es preferible, hermana luna?

